

EL *SÓFOCLES* DEL PADRE ERRANDONEA: UNA RECUPERACIÓN GOZOSA

La notable tarea filológica de publicar de forma sistemática textos grecolatinos en edición bilingüe se demoró en España hasta el siglo xx. Con anterioridad solo había colecciones de traducciones, como la conocida Biblioteca Clásica, que más tarde se transformaría en la Biblioteca Clásica Hernando. En los años veinte del siglo pasado echó a andar la excelente colección catalana Bernat Metge, que cuenta en su haber con un número destacado de autores editados con traducción en catalán. Y habría que esperar algunos decenios para que surgiera con rango nacional la Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos, publicada en sus comienzos por la editorial privada Alma Mater de Barcelona. Era el año 1951, y este empeño editorial salió adelante bajo la dirección del profesor Mariano Bassols de Climent, catedrático de Filología Latina de la Universidad de Barcelona, y con la participación de todas las universidades del país, en paralelo a otras colecciones europeas semejantes. El número inicial fue el volumen I de *La ciudad de Dios* de San Agustín. Con el tiempo la responsabilidad editorial recayó directamente en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), bajo la dirección científica del profesor Francisco Rodríguez Adrados y, recientemente, de la del doctor Luis Alberto de Cuenca, profesor de investigación del CSIC.

En este contexto editorial apareció, en 1959, el volumen I del *Sófocles* del jesuita Ignacio Errandonea, que contenía el *Edipo Rey* y el *Edipo en Colono*. Las otras tragedias sofocleas esperarían algunos años: *Antígona – Electra* (vol. II, 1965) y *Ayante – Filoctetes – Las traquinias* (vol. III, 1968). Con el tiempo las existencias de ejemplares se habían ido acabando y ahora nos llega la grata noticia de su reedición. Felicitémonos.

Ignacio Errandonea Goicoechea había nacido en un pueblo de Navarra el año 1886 y moriría en San Sebastián en 1970. Su vida transcurrió, pues, a lo largo de un período importante para España, en el que, a través de etapas en ocasiones terribles, nos despegamos al fin de un indiscutible atraso cultural y nos aproximamos al nivel de una Europa de la que formábamos parte geográfica desde el principio. Y el padre Errandonea fue, en alguna medida, elemento activo en ese cambio.

Con diecisiete años ingresó en la Compañía de Jesús, dentro de la cual desarrolló una intensa actividad en muy diversos campos, siguiendo fielmente el ideario del ámbito jesuítico. Incluso llegó a crear en 1956, y dirigir hasta casi su muerte, la Escuela Superior de Técnica Empresarial, anticipo de lo que luego serían las Facultades de Económicas y Empresariales.

Pero antes de ese giro en su quehacer cotidiano, dedicó todas sus fuerzas al mundo de las humanidades, en lo que realmente fue un fiel servidor de la vieja filosofía jesuítica de la *Ratio Studiorum*, surgida de la mano directa de Ignacio de Loyola en el siglo xvi. Y en esa línea de planificación formativa del hombre sobre la base primordial de las materias humanísticas, el estudio del mundo clásico ocupó siempre un lugar preferente. Más aún, en la España de la primera mitad del siglo xx surgió una no menor actividad filológica, centrada en el contexto de la retórica, materia central en el contexto jesuítico, lo que redundaría en una producción editorial notable en el campo de los oradores griegos y latinos.

Pero el padre Errandonea optó aquí por una línea innovadora. Tras los estudios reglamentarios de la Orden en España marchó a Oxford en 1920, donde obtuvo en 1922 el grado de *Bachelor of Letters*, cuyo trabajo final marcaría su trayectoria posterior: *Sophoclei chori persona trágica* (Brill, 1924).

Por supuesto que a su vuelta a España trabajó incansablemente en otros muchos campos de la filología clásica: escribió una gramática sucinta de griego, un epítome de griego bíblico, una gramática de latín, dirigió y publicó intensamente en la revista *Razón y Fe*, y posteriormente apareció con frecuencia en revistas europeas de alto prestigio (*Mnemosyne*, *Philologische Wochenschrift*, *Classical Bulletin*, *Emerita*, *Hermes*, *Symbolae Osloenses*, *Les Études Classiques*, etc.). Y en todas ellas sus aportaciones fueron con frecuencia trabajos de neta investigación, aunque también dedicó una atención notable a contenidos educativos y de divulgación. Fue, pues, en definitiva un modelo de estudioso humanista.

Pero su gran área de estudio fue la obra del poeta trágico Sófocles, al que dedicó numerosos artículos y varios libros, derivados todos ellos de la idea central de su trabajo inicial oxoniense, donde trataba de perfilar el papel del coro sofocleo como un personaje dramático más en la composición de sus obras. De todos sus artículos pienso que tal vez el que más le gustaba era el dedicado a analizar el famoso segundo estásimo del *Edipo Rey*: frente a un sinfín de hipótesis previas, él estaba convencido de que había una tácita alusión al tema de Layo y Crisipo, o lo que es lo mismo, al tema de la homosexualidad de Layo.

No obstante, en mi opinión su gran aportación a la filología griega fue su edición bilingüe para la colección Alma Mater ya mencionada. A decir verdad, Errandonea ya durante los años cuarenta había encarado la traducción de las tragedias sofocleas: así, ya en 1930 publicó en la editorial Voluntad (Biblioteca de clásicos griegos y latinos) cuatro títulos, de los que hizo una segunda edición incluyendo el texto griego y notas; en 1942, en la editorial Escelicer, incluía ya las siete conservadas, lo que repetiría en 1947 (editorial Aguilar, colección Crisol). Y es lógico que, ante tan intensa dedicación, la dirección de la colección Alma Mater le encargase su aportación para la todavía un poco neófito Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos, que en aquellos momentos era ya el faro-guía de la tarea editorial de textos grecolatinos en español. Finalmente, la mejor prueba de que el *Sófocles* de Errandonea se había convertido él, a su vez, en un clásico es que varias editoriales volvieron a publicar después de su muerte su traducción total o parcial del trágico griego —tal vez la última sea: *Sófocles. Edipo Rey. Antígona*, Santillana (colección *Clásicos Universales*), Madrid, 1999—.

Su aportación a la colección Alma Mater reúne dos rasgos inequívocamente positivos: de un lado, hace gala de la técnica ecdótica que había aprendido en Oxford, lo que diferencia su tratamiento del texto griego del de las ediciones que se hacían en Europa en el siglo XIX; y de otro, se percibe en su estilo de traducir una soltura y agilidad que delatan su gran familiaridad con los textos.

Por todo esto, y por mucho más que podría añadirse, la filología clásica está de enhorabuena: vuelve a estar disponible el *Sófocles* de Errandonea.

José María LUCAS